

---

---

## EDITORIAL

---

---

Una de las primeras orientaciones que, en vistas a la reforma litúrgica, dio el Vaticano II, fue la de subrayar el carácter dialogante de la celebración cristiana: "En la liturgia Dios habla a su pueblo y el pueblo, con el canto y la oración, responde a Dios" (Sac. Conc. 33). Insistir en este carácter dialogante de la liturgia resultaba, por los años 1963, tanto más urgente cuanto, por causas diversas, el diálogo celebrativo había quedado de hecho, sino inexistente, sí muy poco expresivo. Dios, antes de la reforma como ahora, hablaba ciertamente al pueblo en las lecturas, pero al pueblo, antes de la reforma, no le resultaba nada fácil atender a este diálogo que se le dirigía en lengua desconocida. Y a su vez, también antes de la reforma como ahora, el ministro se dirigía a Dios como portavoz del pueblo para continuar el diálogo iniciado en las lecturas, pero al pueblo se le hacía un tanto difícil considerar la oración del ministro como su propia voz; los fieles se esforzaban más bien en hablar personalmente con Dios, tomando la actitud de espectador ante unas palabras que le parecían ajenas: "oían" la misa, como se decía entonces, o en el mejor de los casos, la seguían con su misal pero sin tomar parte personalmente en el diálogo con su propia voz.

Hoy la situación ha mejorado. Después de la reforma litúrgica el diálogo entre Dios y su pueblo se percibe con más fuerza y se manifiesta con mayor expresividad en toda asamblea litúrgica. Al pueblo le resulta actualmente más fácil escuchar a Dios en las lecturas y responder a Dios con su voz y con su canto. Pero este diálogo puede y debe aún mejorar; en el carácter dialogante de la liturgia

queda aún camino por recorrer y aspectos por mejorar. El papel de los dos actores del diálogo —Dios hablando y la asamblea respondiendo— en algunas celebraciones por lo menos, no queda aún ni suficientemente claro ni convenientemente subrayado. Demasiados obstáculos y voces se interponen aún entre Dios y su pueblo.

Mejorar el diálogo celebrativo, subrayando el papel de los dos protagonistas del mismo, es lo que pretende *Oración de las Horas* al insistir de nuevo en este número, por quinta vez —y aún quedarán algunas cosas por decir en próximas aportaciones— sobre la práctica correcta de las moniciones en el interior de la celebración. Porque las moniciones han sido y son aún —nadie va a negarlo— una preciosa ayuda en vistas a lograr una participación más activa y más inteligente en la celebración. Pero tienen también un riesgo: el de ahogar la Palabra dialogante de Dios con palabras y conceptos humanos, recubriendo con ello la voz del principal interlocutor del diálogo. Una excesiva presencia de moniciones —sobre todo de largas moniciones— puede disminuir el protagonismo de la voz de Dios, el primer y más importante actor del diálogo. Y si las moniciones son dichas con el mismo tono, en el mismo lugar, por la misma persona que luego prestará su voz a Dios —“cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura es Cristo quien habla” nos recuerda el Concilio (Sacr. Con. 7)— estas moniciones pueden llegar a ser —en más de una celebración son— contraproducentes.

Además una indiscreta proliferación de moniciones, sobre todo si éstas son largas y se integran a manera de explicación al pueblo en los momentos más “orantes” de la liturgia —antes del Padre nuestro, por ejemplo— oscurece también el carácter dialogante de la liturgia en cuanto apagan la voz de la asamblea, el segundo de los actores del diálogo celebrativo. Y si el que preside, olvidando su función de cabeza del pueblo que dialoga con Dios, se pasa la celebración hablando y hablando casi sólo al pueblo, haciendo moniciones y más moniciones... de nuevo se desvanece y queda mal parado el carácter dialogante de un pueblo que, presidido por el ministro, dialoga con su Dios. He aquí porque vale la pena reflexionar sobre este tema. Hacer moniciones en la celebración es provechoso; pero éstas no se pueden introducir indiscriminadamente so pena de desfigurar la liturgia y convertir la celebración en una clase o una conferencia.

P. F.